

# El escritor

Juan Andrés Pérez

Image not found.

## Capítulo 1

El sonido de las teclas se volvía más y más seguido a medida que su inspiración volaba en medio de aquella noche, en aquel cuarto apenas iluminado en el extremo más alejado de la casa. Alejado de toda distracción ingrata, alejado de los problemas del día al día, alejado de todas las personas que dicen preocuparse por él pero que sin embargo las veía como un estorbo, como personas placenteras por el solo hecho de no comprenderlo, de no haber nacido en la misma época y entender las distintas dinámicas sociales que reinan por aquel entonces.

Si, él quería estar solo, como personaje de Casa Tomada, dedicándose a lo que más encontrara placentero, quisiera vivir sin preocuparse por cosas banales como el dinero. Poder viajar sin preocupación de una manera sencilla pero que le permitiera conocer su destino y cuanto punto intermedio se encontrara. Si por él dependiera, viajaría con apenas lo necesario a lomo de caballo todo el continente (¿existirá un animal que soporte tal castigo?).

Pero nada de esos pensamientos lo inquietaban o lo sacaban del buen ritmo que llevaba en la máquina de escribir. Tecleaba con gran velocidad, y apenas leía las letras que quedaban impresas en el papel, para verificar que saliera todo pulcro, sin errores. Confiaba que su gramática y ortografía no le fueran a fallar en ese momento. O deliciosa rabia saber que se tiene que re escribir todo un papel por una letra mal puesta.

Pero no esa noche, el texto avanzaba, las hojas se acumulaban una detrás de otra, paginadas en una esquina a lápiz para luego ser organizadas. No hay tiempo que perder, tan pronto se acaba una página inmediatamente introduce la siguiente para no perder su ritmo. La historia se está escribiendo a sí misma, el escritor apenas y puede contener la emoción de tal desarrollo, la trama, los diálogos, los sucesos importantes de los personajes, todo sigue un curso tan natural como la vida misma. Es como si estuviera escribiendo al tiempo que es testigo de los hechos.

Música, eso es lo que la máquina de escribir producía al ser digitada una y otra vez por los hábiles dedos del escritor. Ese sonido repetitivo e hipnótico que envalentonaba a quien lo escuchara a seguir por cuanto fuera humanamente posible estar en ese estado de escritura perpetua. Ese sonido que aislaba todo lo que proviniera del mundo que hay afuera de aquel lugar, que borra los sonidos de la naturaleza, los rayos que caen sin descanso o el pesado tráfico que se escucha a pesar de la gran distancia, incluso podía borrar las voces de las personas, solo dejaba lugar para las voces mentales que procedía a transcribir como si fueran dictados, tal vez de ahí provienen esos diálogos o aquellos pensamientos de las personas que con tanto ahínco pretende dar a conocer una vez concluya su obra.

El tiempo marcha deprisa, como suele suceder cuando alguien hace algo que en verdad disfruta o cuando se comienza a desvariar en un auto que viaja en la carretera, y valga la pena sea dicho, se disfruta en verdad de aquello, ese tiempo que discurre en el mundo de su cuerpo físico que no

es el mismo que el de su mente que, a su vez, tampoco es igual al que transcurre en ese mundo que está viendo y del cual relata sus hechos. Sin darse cuenta, y como sucede con todos los hombres, sucumbe a la limitación de su propio cuerpo, el cansancio se hace presente junto con un hambre canina, junto con las demás necesidades corporales. El sonido de las teclas lo incitan a seguir escribiendo, pero el pobre hombre casi no es capaz de seguir escribiendo, su ritmo ha ido bajando, la música de las teclas ya no es tan constante como al comenzar la noche. Siente algo de calor, ya es de día, la luz le comienza fastidiar los ojos que cada vez los siente más secos, cansados, con ganas de cerrarse y no volverse abrir en unas cuantas horas. Es de día, a pesar que ha avanzado por montones, siente que si se levanta o deja de teclear no lograra acabar nunca lo que por arte de la inspiración tiene en su mente y que si parte para el mundo de lo onírico, nada, pero nada volverá a ser igual, que no será capaz de reconectarse con esa realidad ajena, con esas personas que lo tuvieron en vilo.

Tres golpes seguidos en la puerta cerrada de la habitación bastaron para que aterrizará con golpe duro en su realidad, una voz chillona lo llamaba y le exigía su presencia. Suspiró tan duro como pudo, ya no podía seguir escribiendo aún si quisiera.

No le bastaba con poder vivir de las ilusiones y de imágenes mentales de otros lugares y de los sucesos que se maquinaban allá, algunos que podrían ser catalogados como comunes, otros como excepcionales e incluso algunos fantásticos. No, todo daba a dar al traste en el mismo momento que le recordaban la crueldad de la vida misma, adaptarse a ciertos convencionalismos como estar sentado todo el día en un escritorio, en un sitio llamado oficina, para que a final de mes pudiera recibir un pago por sus labores. ¿En qué momento la humanidad perdió el rumbo y pasó del ocio al negocio? Se preguntaba el escritor en un sentido griego de las palabras.

En un roce coqueto de lucidez, recordó algo que había escrito en el transcurso de su faena, buscaba en medio de las hojas numeradas, revolvía los papeles mientras comenzaba a entrar en desespero por no encontrar lo que buscaba, o tal vez sería por la voz insistente que lo llamaba a través de la puerta. Por fin, encontró en la página 28 lo que estaba buscando. Mientras leía absorto los diálogos de sus personajes le comenzó a temblar la mano apenas terminó de leer la línea que decía "... fue entonces cuando decidieron tumbar la puerta por la fuerza." tiempo que escuchó el estruendo en su habitación producto del contacto de su puerta con el suelo.